ERROR 404

encontré el amor



G. MOQUETE

Error 404: encontré el amor

© 2026 por G. Moquete

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas o usos permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Autor: G. Moquete

Título: Error 404: encontré el amor

Primera edición: 2026

DEDICATORIA

A todos los que alguna vez intentaron tener todo bajo control…

y terminaron encontrando algo mejor.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que creyeron en esta historia,

y a quienes saben que los errores también pueden ser el inicio de algo hermoso.

CAPÍTULO 1 — CONTROL TOTAL

Shelly tenía una regla que no rompía nunca.

Ni una sola vez.

Si no estaba planificado… no existía.

No era una metáfora. Era una filosofía de vida.

Su agenda digital estaba organizada por colores, prioridades y niveles de urgencia. Tenía recordatorios para cosas que la mayoría de las personas ni siquiera consideraban importantes: beber agua, revisar correos dos veces, incluso "respirar profundo" a las 3:00 p.m.

Y no, no era exagerado.

Era eficiente.

—Café: 7:00 a.m. —murmuró mientras caminaba por la acera con paso firme—. Desayuno: 7:15. Salida: 7:40. Llegada a la oficina: 7:58.

Dos minutos antes. Siempre.

Porque llegar a tiempo era tarde.

Llegar antes era control.

Y Shelly necesitaba control.

No porque fuera obsesiva…

(aunque sí lo era un poco)

sino porque el control evitaba errores.

Y los errores… arruinaban todo.

Se detuvo frente al semáforo, revisando su tablet con una velocidad impresionante. Sus dedos se movían con precisión, como si cada gesto estuviera ensayado.

—Reunión con el equipo: 8:15. Presentación del informe: 9:00. Almuerzo: 12:30…

Perfecto.

Todo en orden.

Todo bajo control.

Todo exactamente como debía ser.

El semáforo cambió a verde y Shelly avanzó sin levantar la vista.

Error número uno del día.

El impacto no fue fuerte, pero sí suficiente para romper su ritmo perfecto.

—¡Oye! —exclamó, dando un paso atrás.

—Ups… —respondió una voz masculina, tranquila, demasiado tranquila—. Eso fue culpa mía… creo.

Shelly levantó la vista, claramente molesta.

Y entonces lo vio.

Cabello ligeramente despeinado, como si el viento y él hubieran tenido una discusión y el viento hubiera ganado.

Camiseta simple, chaqueta casual, manos en los bolsillos.

Y esa expresión…

Esa maldita expresión relajada, como si nada en el mundo fuera urgente.

Como si el tiempo no existiera.

Como si las reglas fueran opcionales.

Shelly frunció el ceño.

—Deberías fijarte por dónde vas.

—Podría decir lo mismo —respondió él, inclinando ligeramente la cabeza—. Aunque en tu caso… parece que estabas salvando el mundo desde esa pantalla.

Shelly bajó la mirada un segundo hacia su tablet.

Luego volvió a mirarlo.

—Estaba trabajando.

—A las ocho de la mañana, caminando por la calle, sin mirar al frente.

—Se llama ser productiva.

—Se llama vivir estresada.

Silencio.

Ese tipo de silencio incómodo que no debería existir entre dos desconocidos.

Shelly cruzó los brazos.

—No estoy estresada.

Él arqueó una ceja.

—Claro. Y yo soy un monje zen.

Ella apretó los labios.

—No tengo tiempo para esto.

—Eso es exactamente lo que diría alguien estresado.

—No estoy estresada.

—Ok —levantó las manos en señal de rendición—. Solo estás… intensamente organizada.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Shelly respiró hondo.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

(7:05 a.m. — respirar profundo. Bien.)

—Mira —dijo finalmente—, tengo una reunión importante y no puedo perder tiempo hablando con un extraño que claramente no tiene nada mejor que hacer.

Él sonrió.

Y esa sonrisa fue… peligrosa.

No arrogante.

No molesta.

Solo… segura.

—Robert.

Shelly parpadeó.

—¿Qué?

—No soy "un extraño". Soy Robert.

Ella dudó un segundo.

Un segundo.

Demasiado tiempo para alguien como ella.

—No necesito saber tu nombre.

—Pero ya lo sabes.

Otro silencio.

Más incómodo.

Más extraño.

Más… innecesario.

Shelly apretó su tablet contra el pecho.

—Adiós, Robert.

—Shelly.

Ella se quedó congelada.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Robert señaló la tablet.

En la esquina superior, en letras pequeñas pero perfectamente visibles, decía:

Shelly M. — Agenda Personal

Error número dos del día.

Shelly cerró la funda de golpe.

—Eso no te da derecho a usarlo.

—Relájate, no lo voy a gritar por la calle —sonrió—. Aunque combina contigo.

—¿Qué significa eso?

—Suena organizado.

Ella entrecerró los ojos.

—Eso ni siquiera tiene sentido.

—Para mí sí.

Shelly negó con la cabeza.

—Definitivamente no tengo tiempo para esto.

—Lo sé.

—Entonces deja de hablar.

—Ok.

No se movió.

No se fue.

No dejó de mirarla.

Shelly lo miró.

Él la miró.

El mundo siguió girando.

La gente caminaba.

Los coches pasaban.

Pero por alguna razón absurda, ese momento se alargó más de lo necesario.

—Esto es raro —dijo Shelly finalmente.

—Un poco.

—Mucho.

—Sí, bastante.

Silencio.

Otra vez.

—Ya me voy —dijo ella.
—Yo también.
Ninguno se movió.
Shelly fue la primera en romper el momento.
—Ahora sí —dio un paso atrás—. Adiós.
—Nos vemos, Shelly.
—No.
—Sí.
—No.
—Sí.
—No.
Robert sonrió.
—Te gustan las listas, ¿verdad?
—¿Qué?
—Porque acabas de empezar una discusión estructurada.
Shelly abrió la boca.
La cerró.
Suspiró.
—Esto es ridículo.
—Un poco.
Ella negó con la cabeza y se giró para irse.
Esta vez sí.
Sin mirar atrás.
Sin detenerse.
Sin pensar más en ese encuentro absurdo.
O al menos, eso intentó.
Porque mientras caminaba, algo no encajaba.
Algo había salido de su sistema.
De su orden.

De su control.
Y no le gustaba.
Para nada.
Pero lo ignoró.
Porque eso era lo que hacía.
Ignorar todo lo que no podía controlar.
Lo que Shelly no sabía…
es que ese pequeño error en su mañana perfectamente planificada

no era un accidente.
Era el inicio de algo que no iba a poder organizar.
Ni evitar.
Ni borrar.
Porque algunos errores…

no se corrigen.
Se viven.

CAPÍTULO 2 — EL ERROR

Shelly llegó a la oficina a las 7:58 a.m.

Exactamente como todos los días.

Dos minutos antes.

Ni uno más, ni uno menos.

El edificio de cristal reflejaba la luz de la mañana con una perfección casi ofensiva, como si incluso la arquitectura entendiera la importancia del orden.

Todo en ese lugar tenía sentido.

Todo estaba estructurado.

Todo funcionaba.

A diferencia de ciertas personas que caminaban por la calle sin mirar al frente.

Shelly presionó el botón del ascensor y esperó en silencio, revisando nuevamente su agenda. No porque lo necesitara, sino porque le gustaba confirmar que todo seguía en su sitio.

Reunión a las 8:15.

Presentación a las 9:00.

Proyecto "Aurora": prioridad máxima.

Perfecto.

El ascensor se abrió con un suave sonido.

Vacío.

Como debía ser.

Entró, presionó el piso 12 y exhaló lentamente.

Control recuperado.

O eso creyó.

—Buenos días, jefa del estrés.

Shelly cerró los ojos.

No.

No podía ser.

Giró lentamente la cabeza.

Y ahí estaba.

Apoyado en la pared del ascensor, como si llevara ahí toda la vida, con un café en la mano y esa misma expresión relajada que debería estar prohibida a esas horas de la mañana.

Robert.

Error número tres del día.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó ella, cruzándose de brazos.

—Wow, directa —respondió él—. Me gusta. Pero no, no te estoy siguiendo. Eso sería muy intenso… incluso para ti.

Shelly lo ignoró.

—Este ascensor es para empleados.

—Qué suerte —dio un sorbo a su café—. Yo soy uno.

Shelly frunció el ceño. Aquello no encajaba en absoluto.

—No trabajas aquí.

—Desde hoy, sí.

Una pequeña alarma interna se activó en su cabeza.

—¿En qué departamento?

—Tecnología creativa.

—Eso no tiene sentido —respondió rápidamente—. Ese equipo está completo.

—Lo estaba.

—No.

—Sí.

—No.

—Shelly…

—No.

Robert soltó una risa baja.

—Esto ya lo hicimos.

El ascensor hizo *ding*.

Piso 12.

Las puertas se abrieron.

Shelly salió primero, caminando con determinación. No iba a dejar que ese… caos con piernas arruinara su día.

No iba a permitirlo.

—¿Siempre caminas así? —preguntó Robert detrás de ella—. Parece que vas tarde a salvar el mundo.

—Voy puntual —respondió sin mirarlo—. Hay una diferencia.

—Sí, una es divertida y la otra no.

Shelly apretó la mandíbula y siguió avanzando.

Llegó a su escritorio.

Ordenado.

Impecable.

Perfecto.

Colocó su tablet exactamente en el centro.

Su bolígrafo a la derecha.

Su taza a la izquierda.

Respiró hondo.

Todo estaba en su sitio.

—Bonito altar.

Shelly cerró los ojos por un segundo, conteniendo la respuesta.

—¿No tienes un lugar al que ir?

—Sí.

Ella giró lentamente la cabeza.

—¿Dónde?

Robert levantó la mano… y señaló justo al escritorio frente al suyo.

El estómago de Shelly se tensó.

No.

No, no, no.

Eso no podía estar pasando.

—Ese escritorio está vacío por una razón.

—Sí —respondió él, sentándose—. Me estaban esperando.

Shelly lo miró como si el universo estuviera jugando con ella.

—Esto es un error.

—Totalmente —dijo él, acomodándose—. Pero uno interesante.

—No es interesante. Es un problema.

—Para ti.

—Para todos.

—No creo.

Shelly respiró profundamente, intentando recuperar la calma.

—Escucha —dijo, acercándose a su escritorio—. Tengo una reunión importante en diez minutos y necesito concentración.

—Perfecto.

—Perfecto.

Robert no se movió. Seguía ahí, observando todo como si estuviera analizando un experimento.

—¿No vas a hacer nada? —preguntó ella.

—Estoy observando.

—¿Qué?

—Tu sistema.

Shelly frunció el ceño.

—¿Mi qué?

—Tu sistema —repitió—. Todo está… demasiado perfecto.

—Se llama organización.

—Se llama miedo al caos.

Shelly se quedó en silencio un instante. Aquello le molestó más de lo que esperaba.

—No tengo miedo.

—Claro.

—No lo tengo.

—Ok.

Ella lo miró fijamente.

—Deja de decir "ok" como si no creyeras nada de lo que digo.

—Porque no lo creo.

—¿Y tú quién eres para opinar?

Robert se inclinó ligeramente hacia adelante.

—El tipo que va a trabajar contigo en el proyecto Aurora.

El mundo pareció detenerse por un segundo.

Todo dejó de tener sentido.

—No —dijo en voz baja.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Eso es imposible.

—No, es una decisión de recursos humanos.

Shelly se giró de inmediato, caminando directo hacia la oficina de su jefe.

—Esto se arregla ahora.

—Buena suerte —dijo Robert detrás de ella—. A mí me contrataron por una razón.

Shelly se detuvo en seco.

Se giró lentamente.

—¿Cuál?
Robert sonrió.
Esa sonrisa otra vez.
—Porque tú eres muy buena haciendo todo bien…
Se inclinó un poco más.
—Y yo soy perfecto para arruinarlo.
Shelly lo miró fijamente.
Y por primera vez en mucho tiempo…
no tenía el control.

CAPÍTULO 3 — NO LO SOPORTO

Shelly no golpeó la puerta de la oficina de su jefe.

La abrió directamente.

—Necesitamos hablar.

El señor Andrade levantó la vista de su computador con la calma de alguien que ya había visto ese tipo de entrada antes.

—Buenos días para ti también, Shelly.

Ella no respondió al saludo.

—Hay un error en recursos humanos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Uno grave.

Andrade apoyó los codos sobre el escritorio, entrelazando las manos.

—Déjame adivinar… ¿Robert?

Shelly parpadeó.

Eso no era lo que esperaba.

—Entonces lo sabe.

—Claro que lo sé. Yo aprobé su incorporación.

Silencio breve.

Pero esta vez no era incómodo.

Era peligroso.

—Entonces esto no es un error —dijo ella lentamente.

—No.

—¿Es una decisión?

—Correcto.

Shelly respiró hondo.

—Quiero trabajar sola en el proyecto Aurora.

—No.

La respuesta fue inmediata.

Sin adornos.

Sin negociación.

Shelly entrecerró los ojos.

—Siempre trabajo sola en proyectos importantes.

—Y por eso este necesita a alguien más.

—No necesito ayuda.

—No es ayuda —corrigió él—. Es complemento.

Shelly dejó escapar una pequeña risa seca.

—Si ese hombre es mi "complemento", estamos en problemas.

Andrade sonrió apenas.

—Confía en el proceso.

—No confío en personas que llegan tarde, hablan sin pensar y creen que todo es un chiste.

—Y, sin embargo, ahí es donde está el aprendizaje.

Shelly negó con la cabeza.

—Esto no va a funcionar.

—Dale una semana.

—Un día.

—Tres.

—Uno.

—Dos.

Shelly dudó.

Lo justo.

—Dos —cedió finalmente—. Pero si esto afecta el proyecto…

—No lo hará.

—Lo hará.

—Shelly.

Ella guardó silencio.

—A veces —continuó Andrade—, el problema no es el sistema… es que no permite margen de error.

Shelly sostuvo su mirada.

No respondió.

Porque sabía exactamente a qué se refería.

Y no le gustaba.

—Dos días —repitió finalmente—. Nada más.

—Perfecto.

Shelly asintió una vez y salió de la oficina sin despedirse.

Caminó de regreso a su escritorio con la misma determinación de siempre.

Pero esta vez había algo distinto.

No era orden.

No era control.

Era… resistencia.

Robert seguía ahí.

Sentado.

Girando ligeramente en la silla como si estuviera probando su equilibrio con el mundo.

—¿Sobreviviste? —preguntó al verla.

—Por ahora.

Shelly se sentó sin mirarlo, abriendo su tablet con movimientos precisos.

—Tenemos dos días.

—¿Para qué?

—Para que esto funcione.

—Ah —asintió él—. Pensé que era para que te acostumbraras a mí.
Shelly no levantó la vista.
—Eso no va a pasar.
—Nunca digas nunca.
—No lo digo. Lo confirmo.
Robert sonrió, apoyando el codo sobre el escritorio.
—Entonces empecemos.
Shelly abrió el archivo del proyecto Aurora y lo giró hacia él.
—Esto es lo que vamos a hacer.
Robert miró la pantalla… y luego la miró a ella.
—Wow.
—¿Qué?
—Eso es… mucho.
—Es lo necesario.
—Es demasiado estructurado.
—Es eficiente.
—Es agotador.
Shelly levantó la vista lentamente.
—Así es como se hacen las cosas bien.
Robert inclinó la cabeza.
—¿Y quién dijo que solo hay una forma de hacerlas bien?
Shelly se quedó en silencio un instante.
No porque no tuviera respuesta.
Sino porque no le gustaba la pregunta.
—Yo —respondió finalmente.
Robert soltó una pequeña risa.
—Eso explica muchas cosas.
Shelly ignoró el comentario.

—Vamos a dividir tareas. Tú te encargas del diseño conceptual y yo de la estrategia.

—¿Y si quiero hacer estrategia?

—No quieres.

—¿Y si sí?

—No.

—Shelly…

—Robert.

Se miraron.

Esa tensión otra vez.

Diferente ahora.

Menos incómoda.

Más… interesante.

—Ok —cedió él finalmente—. Pero con una condición.

Shelly suspiró.

—¿Cuál?

—Que rompas una regla.

Ella frunció el ceño.

—No rompo reglas.

—Entonces no hay trato.

—Siempre hay trato.

—No este.

Shelly lo observó con detenimiento.

Por primera vez, no como una molestia.

Sino como un problema que necesitaba entender.

—¿Qué regla?

Robert sonrió.

—Improvisar.

Shelly casi se ríe.

Casi.

—No.

—Entonces yo no trabajo contigo.

—Ya estás trabajando conmigo.

—Físicamente, sí. Mentalmente… no.

Shelly apoyó ambas manos sobre el escritorio.

—Esto no es un juego.

—Para ti no.

—Para nadie.

—Para mí un poco.

Ella lo miró, evaluándolo.

Midió el riesgo.

Calculó el impacto.

Y por primera vez en mucho tiempo…

no tenía una respuesta inmediata.

—Una vez —dijo finalmente.

Robert alzó una ceja.

—¿Qué?

—Improviso una vez.

Su sonrisa se amplió.

—Trato hecho.

Shelly asintió, aunque no estaba completamente segura de por qué lo había hecho.

Ni de por qué, en lugar de sentir que estaba perdiendo el control…

sentía algo distinto.

Algo ligero.

Algo… inesperado.

Robert se inclinó hacia ella.

—¿Ves? No fue tan difícil.

Shelly lo miró.
—No te acostumbres.
—Demasiado tarde.
Ella negó con la cabeza, pero esta vez…
muy ligeramente…
sonrió.
Y eso, aunque nadie lo dijera en voz alta,
era el verdadero problema.

CAPÍTULO 4 — PRIMER CHOQUE

El problema no fue que Shelly aceptara improvisar.

El problema fue que lo dijo en voz alta.

Y ahora tenía que cumplirlo.

Lo cual, para alguien como ella, era casi una irresponsabilidad.

—Bien —dijo, enderezándose en su silla—. Empezamos ahora.

Robert la observó como si acabara de anunciar una misión imposible.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pero son las 8:27 de la mañana.

—Exacto.

—La gente normal a esta hora apenas está despertando.

—La gente eficiente ya está trabajando.

Robert dio otro sorbo a su café.

—Creo que tú y yo tenemos definiciones muy diferentes de "vivir".

Shelly ignoró el comentario y comenzó a explicar.

—El proyecto Aurora necesita reposicionamiento digital. Hay fallas en la interacción del usuario, baja retención y una estrategia poco clara en redes.

Robert la miraba… pero no exactamente a ella.

Más bien, a su forma de hablar.

Rápida.

Precisa.

Sin pausas.

Como si todo ya estuviera decidido antes de empezar.

—¿Estás escuchando? —preguntó Shelly.

—Sí… más o menos.

—¿Más o menos?

—Voy por la mitad.

Shelly cerró los ojos un segundo.

—Robert, necesito que prestes atención.

—Estoy prestando atención… solo que tú hablas como si estuvieras en una presentación constante.

—Porque estoy explicando algo importante.

—Sí, pero no estás conversando. Estás dictando.

Shelly se quedó en silencio.

Eso… le molestó.

—Entonces, ¿cómo sugieres hacerlo?

Robert se inclinó hacia adelante.

—Empieza de nuevo.

—No voy a repetir todo.

—No todo. Solo lo importante.

—Todo es importante.

—Ese es el problema.

Shelly apretó los labios.

—Bien —dijo finalmente—. ¿Qué propones?

Robert tomó su tablet sin pedir permiso.

—Primero: olvidamos esto.

—¿Cómo que lo olvidamos?

—Sí —respondió él—. Esto está lleno de reglas.

—Son estrategias.

—Son límites.

—Son necesarios.

—Son aburridos.

Shelly lo miró como si acabara de insultar su existencia.

—El aburrimiento no es relevante. Los resultados sí.

—Y los resultados vienen de conectar con la gente, no de organizarles la vida.

—La gente necesita estructura.

—La gente necesita sentir algo.

Eso la detuvo.

No mucho.

Pero lo suficiente.

—¿Y tú sabes cómo hacer eso?

Robert sonrió ligeramente.

—Me pagan por eso.

Shelly cruzó los brazos.

—Demuestra.

Él no dudó.

—Ok. Imagina esto.

Se levantó de su silla y empezó a caminar lentamente frente al escritorio, como si estuviera armando una escena en su cabeza.

—En lugar de lanzar otra campaña perfecta, hacemos algo… imperfecto.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido —continuó él—. Algo que parezca real. Sin filtros. Sin tanta corrección.

—Eso es arriesgado.

—Eso es humano.

Shelly lo observaba.

No interrumpía.

Pero tampoco estaba convencida.

—La gente ya está cansada de lo perfecto —añadió Robert—. Nadie cree en eso.

—Yo sí.

—Claro que sí —dijo él, mirándola directamente—. Porque tú lo controlas.

Eso le cayó como una verdad incómoda.

Shelly apartó la mirada por un segundo.

—Esto no es personal.

—Todo es personal cuando se trata de conectar.

—Estamos hablando de una marca, no de emociones.

—Exacto —respondió él—. Por eso no está funcionando.

Silencio.

Pero esta vez no fue incómodo.

Fue… revelador.

Shelly apoyó las manos sobre el escritorio.

Pensando.

Analizando.

Rompiendo, muy lentamente, su propio esquema.

—Supongamos —dijo al fin— que te doy una oportunidad.

Robert levantó las cejas.

—Eso suena importante.

—Una propuesta. Una sola.

—¿Y si te gusta?

—No me va a gustar.

—Confianza nivel dios.

—Realismo.

Robert soltó una risa baja.

—Está bien. Dame una hora.

—Treinta minutos.
—Cuarenta y cinco.
Shelly dudó.
—Cuarenta.
—Hecho.
Robert se sentó, giró su silla y empezó a trabajar.
Pero no como Shelly.
No revisó documentos.
No abrió cinco pestañas.
No hizo listas.
Simplemente… pensó.
Shelly lo miraba de reojo.
Esperando.
Evaluando.
Juzgando.
Pasaron cinco minutos.
Luego diez.
Luego quince.
Y él no había escrito nada.
—¿Vas a hacer algo? —preguntó finalmente.
—Estoy haciéndolo.
—No estás haciendo nada.
—Estoy creando.
—Eso no parece crear.
—Porque tú necesitas verlo para creerlo.
Shelly suspiró.
—Esto es una pérdida de tiempo.
—Dame los cuarenta minutos.
Ella miró el reloj.

Quedaban veinte.
Demasiado tiempo.
Pero no dijo nada.
Por alguna razón… decidió esperar.
Y eso, para alguien como Shelly, ya era un cambio.
Finalmente, Robert se inclinó hacia su laptop y empezó a escribir.
Rápido.
Sin detenerse.
Sin borrar.
Sin revisar.
Shelly frunció el ceño.
Eso era incorrecto en todos los niveles posibles.
—Listo —dijo él.
—¿Ya?
—Sí.
—Eso no puede estar bien.
—Léelo.
Shelly tomó la laptop.
Sus ojos comenzaron a moverse por la pantalla.
Primero con juicio.
Luego con duda.
Y después…
algo cambió.
No era perfecto.
No era estructurado.
No era su estilo.
Pero tenía algo.
Algo que no podía ignorar.
—Esto es… —se detuvo.

Robert la observó, cruzado de brazos.
—¿Horrible?
Shelly negó lentamente.
—Es diferente.
—Eso es bueno.
—Es arriesgado.
—Eso es mejor.
Shelly levantó la mirada.
—Podría funcionar.
Robert sonrió.
—Lo sé.
Ella cerró la laptop con cuidado.
—No te emociones.
—Ya lo estoy.
Shelly negó con la cabeza.
Pero esta vez…
no estaba molesta.
Y eso era un problema.
Uno que no estaba en su agenda.

CAPÍTULO 5 — EL CAOS LLEGA

Shelly no dormía bien cuando algo no estaba bajo control.

Y esa noche… no durmió en absoluto.

Se giró en la cama por tercera vez, mirando el techo como si en algún punto fuera a darle una respuesta lógica.

No la hubo.

Porque nada de lo que había pasado ese día tenía lógica.

Había aceptado una idea sin estructura.

Había confiado —aunque fuera un poco— en alguien que claramente no seguía ningún tipo de sistema.

Y lo peor…

no le había disgustado.

—Esto es temporal —murmuró para sí misma—. Solo son dos días.

Cerró los ojos.

Los volvió a abrir.

Suspiró.

Error.

Todo esto era un error.

A la mañana siguiente, Shelly llegó a la oficina aún más temprano de lo habitual.

7:45 a.m.

Quince minutos antes.

Necesitaba recuperar terreno.

Orden.

Control.

Claridad.

Encendió su computadora, abrió el proyecto Aurora y empezó a reorganizar todo.

Si iban a aplicar la idea de Robert…

al menos lo harían bien.

—Wow.

Shelly no levantó la vista.

—Llegas tarde.

—Son las 7:50.

—Cinco minutos tarde.

—Eso no es tarde.

—Para mí lo es.

Robert dejó su café sobre el escritorio.

—Definitivamente necesitas vacaciones.

—Definitivamente necesitas disciplina.

—Touché.

Shelly giró la pantalla hacia él.

—Vamos a hacer esto.

Robert se inclinó un poco.

—¿"Esto" significa tu versión organizada de mi idea?

—Significa que no vamos a hacer el ridículo.

—A veces el ridículo funciona.

—No en este caso.

Robert sonrió.

—Confías muy poco en el caos.

—Porque el caos no se puede controlar.

—Exacto —respondió él—. Por eso funciona.

Shelly negó con la cabeza.

—Tenemos una reunión en veinte minutos. Vamos a presentar una propuesta híbrida.

—¿Híbrida?

—Tu idea… con mi estructura.

Robert hizo una mueca.

—Eso suena a que mi idea va a perder personalidad.

—Suena a que va a funcionar.

Él la observó unos segundos.

Luego asintió.

—Ok. Confío en ti.

Shelly parpadeó.

Eso… no lo esperaba.

—No deberías hacerlo tan fácil.

—Tampoco tú deberías hacer todo tan difícil.

Shelly ignoró el comentario, pero algo en su expresión cambió.

Algo pequeño.

Pero real.

La sala de reuniones estaba llena.

Pantalla encendida.

Equipo atento.

Expectativa en el aire.

Shelly se puso de pie frente a todos.

Segura.

Como siempre.

—Buenos días —comenzó—. Hoy vamos a presentar una nueva dirección para el proyecto Aurora.

Robert se apoyó contra la pared, observando.

Sin intervenir.

Por ahora.

—Nuestra propuesta combina estructura estratégica con un enfoque más humano…

Hizo una pausa breve.

Inusual en ella.

—Más real.

Algunos miembros del equipo intercambiaron miradas.

Interesados.

—Queremos conectar con la audiencia desde la autenticidad, no desde la perfección.

Robert sonrió ligeramente.

Eso no era solo su idea.

Era… adaptación.

Shelly estaba adaptándose.

Y eso era nuevo.

—Para eso —continuó ella—, vamos a lanzar una campaña experimental.

La palabra "experimental" generó murmullos.

—¿Experimental? —preguntó uno de los ejecutivos.

Shelly no dudó.

—Sí.

—Eso implica riesgo.

—Sí.

—Y posible fracaso.

Shelly sostuvo su mirada.

—También.

Silencio.

Esta vez pesado.

Expectante.

—Pero también implica impacto —añadió Robert, dando un paso al frente—. Y eso es lo que necesitamos.

Todas las miradas se giraron hacia él.

Shelly no dijo nada.

Lo dejó hablar.

—La gente ya no responde a lo perfecto —continuó Robert—. Responde a lo real. A lo imperfecto. A lo que se siente cercano.

—¿Y cómo planean hacerlo? —preguntó otra voz.

Shelly tomó el control de nuevo.

—Con contenido sin filtros, interacción directa y una narrativa más honesta.

—¿Y si falla?

Shelly miró a Robert por un segundo.

Luego volvió al frente.

—Entonces aprendemos.

Silencio.

Pero diferente.

Más abierto.

Más… posible.

Una hora después…

—¿Te das cuenta de lo que hiciste? —preguntó Robert mientras salían de la sala.

—Sí.

—Aceptaste el caos.

—No exageres.

—Un poco.

Shelly caminaba más despacio de lo normal.

Pensativa.

—No acepté el caos —dijo finalmente—. Lo adapté.

—Eso suena a excusa elegante.

—Eso suena a inteligencia.
Robert rió.
—Ok, eso estuvo bien.
Shelly no respondió.
Pero sus labios se curvaron apenas.
El problema no fue la idea.
El problema fue aplicarla.
Ese mismo día.
Sin tanto filtro.
Sin tanta revisión.
—Publicamos en diez minutos —dijo Robert.
Shelly levantó la vista.
—¿Diez?
—Sí.
—No.
—Sí.
—Eso no está aprobado completamente.
—Nunca lo estará si seguimos revisando.
—Eso no es un argumento.
—Es una realidad.
Shelly dudó.
Otra vez.
Y eso empezaba a ser preocupante.
—Cinco minutos más —dijo.
—Tres.
—Cuatro.
—Hecho.
Robert sonrió.
Shelly respiró hondo.

—Si esto sale mal…
—No lo hará.
—Si sale mal…
—Lo arreglamos.
Shelly lo miró fijamente.
—Eso no funciona así.
Robert sostuvo su mirada.
—A veces sí.
Publicaron.
Y el mundo… no se detuvo.
Pero algo cambió.
Primero, silencio.
Luego una notificación.
Después otra.
Y otra.
Y otra.
—¿Eso es… bueno? —preguntó Shelly.
Robert miró la pantalla.
Sonrió.
—Eso es muy bueno.
Las interacciones empezaron a subir.
Comentarios.
Compartidos.
Reacciones.
Todo en tiempo real.
Todo fuera de control.
—Esto no estaba en el plan —murmuró Shelly.
—Lo sé.
—Está creciendo muy rápido.

—Lo sé.
—No lo estamos controlando.
Robert la miró.
Y sonrió.
—Exacto.
Shelly observó la pantalla.
Luego a él.
Luego otra vez la pantalla.
Y por primera vez en mucho tiempo…
no intentó detenerlo.
Porque tal vez…
solo tal vez…
el caos no era el enemigo.

CAPÍTULO 6 — ALGO NO CUADRA

El problema no era que la campaña estuviera funcionando.

El problema era que estaba funcionando **demasiado bien**.

Shelly no apartaba la mirada de la pantalla.

Las métricas seguían subiendo.

Interacciones. Comentarios. Compartidos.

Todo en tiempo real.

Todo fuera de su sistema.

—Esto no tiene sentido —murmuró.

—Tiene todo el sentido —respondió Robert desde su silla, con una tranquilidad que empezaba a resultarle sospechosa.

Shelly frunció el ceño.

—No, no lo tiene. Esto no sigue ningún patrón lógico.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

Ella giró lentamente la cabeza hacia él.

—No hay una estrategia clara detrás de esto.

—La hay.

—¿Cuál?

Robert levantó una ceja.

—Ser reales.

Shelly se quedó en silencio un segundo.

No porque estuviera convencida.
Sino porque… no tenía cómo refutarlo de inmediato.
Y eso era nuevo.
—Esto no es sostenible —dijo finalmente—. Es un pico momentáneo.
—O es el inicio de algo mejor.
—O es un error.
Robert sonrió.
—Te gustan mucho los errores últimamente.
Shelly ignoró el comentario.
Pero no del todo.
Porque, en el fondo…
tenía razón.
Pasaron las horas.
La oficina empezó a llenarse.
El equipo hablaba del proyecto.
Comentaban.
Analizaban.
Se sorprendían.
—¿Viste los números?

—Esto no había pasado antes.

—¿Quién propuso esto?
Shelly escuchaba todo.
Sin participar.
Sin intervenir.
Observando.
Evaluando.
Y, por primera vez…
sin tener una respuesta clara.

—Te están mirando como si hubieras hecho magia —dijo Robert, acercándose con su café.

—No hice magia.

—Hiciste algo diferente.

—No es suficiente.

—Lo es.

Shelly negó levemente con la cabeza.

—No confío en resultados que no entiendo.

Robert apoyó el café sobre su escritorio.

—Tal vez ese es el problema.

Ella lo miró.

—¿Cuál?

—Que necesitas entender todo… para permitirlo.

Shelly sostuvo su mirada.

Esa frase le incomodó más de lo que debería.

—Se llama responsabilidad.

—Se llama control.

—Es lo mismo.

—No lo es.

Se quedaron en silencio unos segundos.

Pero esta vez no era tenso.

Era… denso.

Como si algo estuviera cambiando entre ellos sin permiso.

—Oye —dijo Robert después—. Ven.

—Estoy ocupada.

—No, no lo estás.

—Sí lo estoy.

—Estás pensando demasiado.

Shelly suspiró.

—¿Qué quieres?
Robert giró su pantalla hacia ella.
—Lee esto.
Shelly se inclinó ligeramente.
Comentarios.
Muchos.
Pero uno llamó su atención.
"Por fin una marca que parece real. Esto sí conecta."
Se quedó mirando esa frase unos segundos.
Luego bajó un poco más.
"Me siento identificado. Esto no parece publicidad."
Otro más.
"No sé quién hizo esto, pero gracias."
Shelly se enderezó lentamente.
—Esto es… raro.
—Esto es bueno.
—Esto es emocional.
—Exacto.
Shelly volvió a mirar la pantalla.
Algo en su pecho se movió.
Algo pequeño.
Pero claro.
—No lo planeamos así —dijo en voz baja.
—Lo sentimos así —respondió Robert.
Ella lo miró.
Y por primera vez…
no parecía estar discutiendo.
—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo él.
Shelly dudó un segundo.

—Depende.
—¿Siempre has sido así?
—¿Así cómo?
—Perfecta.
Ella soltó una pequeña risa seca.
—No soy perfecta.
—Lo intentas.
Shelly apoyó la espalda en la silla.
Mirando hacia adelante.
—Aprendí a serlo.
—¿Por qué?
Ella tardó en responder.
Más de lo habitual.
—Porque cuando no lo eres… las cosas salen mal.
Robert la observó.
No dijo nada de inmediato.
—¿Y ahora? —preguntó finalmente.
Shelly giró la cabeza hacia la pantalla.
Las métricas seguían subiendo.
Los comentarios seguían llegando.
Todo seguía creciendo.
Sin su control.
—Ahora… —dijo lentamente— no sé qué está pasando.
Robert sonrió ligeramente.
—Está pasando algo bueno.
Shelly no respondió.
Pero tampoco lo negó.
El resto del día fue… extraño.
No caótico.

No perfecto.

Solo… diferente.

Trabajaron juntos.

Sin discutir tanto.

Sin corregirse constantemente.

Sin intentar imponerse.

Y eso…

era nuevo.

—Mañana tenemos que revisar los resultados con dirección —dijo Shelly mientras recogía sus cosas.

—Van a amar esto.

—O lo van a cuestionar.

—También.

Shelly lo miró.

—No todo puede ser improvisación.

—No todo.

—Pero esto…

Robert la interrumpió suavemente.

—Esto funcionó.

Shelly bajó la mirada un segundo.

—Sí.

Silencio breve.

Pero tranquilo.

Caminaron juntos hacia el ascensor.

Sin planearlo.

Sin discutirlo.

Simplemente… pasó.

—No eres tan insoportable como pensé —dijo Robert.

Shelly lo miró.

—No te acostumbres.
—Demasiado tarde.
Ella negó con la cabeza.
Pero esta vez…
no estaba molesta.
Las puertas del ascensor se cerraron.
Y por un segundo…
todo quedó en calma.
Shelly miró su reflejo en el vidrio.
Luego lo miró a él.
Y algo no cuadraba.
No en el proyecto.
No en los números.
No en el trabajo.
En ella.
Porque por primera vez…
no quería arreglarlo.

CAPÍTULO 7 — MOMENTOS INCÓMODOS

El problema no fue el ascensor.

Fue lo que pasó dentro.

Shelly entró primero, como siempre. Espalda recta, mirada al frente, manos firmes sosteniendo su bolso. Todo en su sitio.

Todo bajo control.

O eso intentaba.

Robert entró detrás, sin prisa, como si el mundo no tuviera horarios. Presionó el botón del lobby y se apoyó ligeramente contra la pared.

Las puertas se cerraron.

El descenso comenzó.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada.

No era incómodo todavía.

Solo… extraño.

Shelly observaba el reflejo metálico de las puertas. Evitaba mirarlo directamente, aunque sabía exactamente dónde estaba.

Robert, en cambio, no tenía ese problema.

—Siempre tan seria —comentó, rompiendo el silencio con suavidad.

Shelly no giró la cabeza.

—Siempre tan innecesario.

Él soltó una pequeña risa.

—No sabía que hablar era innecesario.

—Depende del momento.

—Y este momento, ¿qué tiene de especial?

Shelly respiró con calma antes de responder.

—Nada. Justamente por eso.

Robert ladeó la cabeza, curioso.

—Entonces podríamos hacerlo menos aburrido.

—No todo tiene que ser entretenido.

—Debería.

Shelly lo miró de reojo por primera vez.

—Eso suena agotador.

—Lo es… pero vale la pena.

Ella no respondió. Volvió la mirada al frente, aunque ahora su expresión había cambiado ligeramente.

Menos rígida.

Más pensativa.

El ascensor descendía lentamente.

Piso tras piso.

El aire se volvió más denso, no por incomodidad, sino por una sensación difícil de definir.

Algo estaba cambiando.

Y ninguno de los dos lo mencionaba.

—Te incomodan estos momentos —dijo Robert, esta vez con un tono más tranquilo.

Shelly frunció apenas el ceño.

—No.

—No parece.

—No me incomodan los silencios —aclaró ella—. Me incomoda no saber qué hacer con ellos.

Robert asintió despacio.

—Eso tiene más sentido.

Shelly no esperaba esa respuesta.

Lo miró.

—¿Qué?

—Que no todo tiene que llenarse —añadió él—. A veces, solo… pasa.

Shelly sostuvo su mirada un instante.

No discutió.

No corrigió.

Solo… lo dejó ahí.

Y eso, para ella, ya era bastante.

El ascensor llegó al lobby.

Las puertas se abrieron.

Ambos salieron casi al mismo tiempo.

Demasiado sincronizados.

Demasiado cerca.

Shelly se apartó ligeramente sin hacerlo evidente.

Robert lo notó, pero no dijo nada.

Caminaron hacia la salida.

Uno al lado del otro.

Sin planearlo.

Sin cuestionarlo.

Al cruzar las puertas del edificio, el aire fresco de la tarde los envolvió.

La ciudad seguía su ritmo habitual: gente apurada, conversaciones cruzadas, ruido constante.

Shelly inhaló profundamente.

Como si necesitara ese cambio de ambiente.

—¿Siempre te vas directo a casa? —preguntó Robert.

—Sí.

—Sin excepciones.

—No veo por qué debería haberlas.

Robert metió las manos en los bolsillos.
—Porque repetir lo mismo todos los días puede ser… peligroso.
Shelly arqueó una ceja.
—¿Peligroso?
—Sí. Te acostumbras tanto que dejas de cuestionarlo.
—O simplemente sabes lo que funciona.
—O eso crees.
Shelly lo miró con más atención esta vez.
—Mi vida funciona.
—No dije que no.
—Entonces deja de analizarla.
Robert sonrió, pero esta vez sin ironía.
—No la analizo. Solo observo.
—Pues deja de hacerlo.
—Lo intentaré.
Pero no lo hizo.
Y ambos lo sabían.
Siguieron caminando unos metros más.
El ritmo de Shelly era constante.
El de Robert… adaptable.
Se ajustaba al de ella sin que pareciera intencional.
—¿Y tú? —preguntó ella de repente—. ¿Siempre improvisas todo?
Robert pensó un segundo.
—No todo.
—¿Entonces?
—Solo lo que vale la pena.
Shelly lo miró, evaluando esa respuesta.
—Eso no es muy específico.
—Es suficiente para mí.

Ella negó ligeramente con la cabeza.

—Eso no es una estrategia.

—No todo en la vida lo es.

Shelly estuvo a punto de responder.

Pero se detuvo.

Porque, por alguna razón…

no tenía una respuesta inmediata.

Se detuvieron en la esquina.

El punto donde sus caminos se separaban.

Shelly lo sabía.

Lo tenía claro.

Era parte de su rutina.

Pero esta vez…

no se sintió tan automático.

—Bueno —dijo ella, acomodando su bolso—. Mañana tenemos que revisar los resultados.

—Sí.

—A primera hora.

—Ahí estaré.

Shelly asintió.

Pero no se movió de inmediato.

Robert tampoco.

Un segundo pasó.

Luego otro.

—Descansa —dijo él finalmente.

Ella parpadeó.

—Tú también.

Y ahí estaba.

Algo pequeño.

Pero distinto.

Shelly dio media vuelta y comenzó a caminar.

Paso firme.

Como siempre.

Pero esta vez…

no tan rápido.

No tan automático.

No tan distante.

Esa noche, al llegar a su apartamento, dejó el bolso sobre la mesa sin seguir el orden habitual.

No lo colocó en su sitio exacto.

No revisó su agenda de inmediato.

No encendió la computadora.

Se quedó de pie.

En silencio.

Pensando.

—Esto no estaba en el plan… —murmuró.

Y no se refería al trabajo.

Se sentó en el sofá.

Miró su teléfono.

Luego lo dejó a un lado.

Suspiró.

Algo no encajaba.

Pero no era un error.

No exactamente.

Era más bien…

una variable nueva.

Algo que no podía medir.

Ni organizar.

Ni controlar.
Y lo peor…
no estaba segura de querer hacerlo.
Por primera vez en mucho tiempo,
Shelly no quería corregir lo que estaba pasando.
Quería entenderlo.

CAPÍTULO 8 — RISAS INESPERADAS

La mañana empezó… demasiado normal.

Y eso ya era sospechoso.

Shelly llegó a la oficina a su hora exacta, como siempre. Su escritorio estaba impecable, su agenda en orden, su mente enfocada.

Todo estaba donde debía estar.

Excepto ella.

Porque, aunque todo parecía igual, no lo sentía igual.

Encendió su computadora y abrió el proyecto Aurora. Las métricas del día anterior seguían ahí, sólidas, creciendo de forma estable.

Nada fuera de lugar.

Nada que corregir.

Y, aun así…

algo no encajaba.

—Eso suele pasar cuando dejas de intentar controlarlo todo.

Shelly levantó la mirada.

Robert.

Apoyado en el borde de su escritorio, con un café en la mano y esa expresión relajada que ya empezaba a resultarle… familiar.

—No estaba pensando en eso —respondió ella.

—Claro que sí.

—No.

Robert dio un pequeño sorbo a su café, sin discutir.
—¿Dormiste algo?
Shelly dudó apenas.
—Lo suficiente.
—Eso no suena convincente.
—No necesito convencerte.
—No, pero me ayuda a entender por qué tienes esa cara.
Ella frunció el ceño.
—¿Qué cara?
—Esa de "algo cambió y no me gusta admitirlo".
Shelly lo miró fijamente.
Durante un segundo.
Dos.
—Estás proyectando.
Robert sonrió.
—Y tú evitando.
Ella volvió a la pantalla.
—Tenemos trabajo.
—Siempre.
—Y deberías empezar.
—Ya empecé.
Shelly giró ligeramente la cabeza.
—No te veo haciendo nada.
—Estoy observando.
—Otra vez eso.
—Funciona.
Shelly negó con la cabeza, pero esta vez sin molestia real.
—Eres imposible.
—Y aun así, aquí estoy.

Pasaron unos minutos en relativa calma.
Shelly revisaba datos.
Robert… hacía lo que fuera que él llamaba “trabajar”.
El silencio no era incómodo.
Era… cómodo.
Y eso, para Shelly, era nuevo.
—Oye —dijo Robert de repente.
—¿Qué?
—Lee este comentario.
Shelly se inclinó ligeramente hacia su pantalla.
"Esto me hizo reír más de lo que esperaba. Por fin algo diferente."
Parpadeó.
—¿Reír?
—Sí.
—No era el objetivo principal.
—Tal vez debería serlo.
Shelly se cruzó de brazos, pensativa.
—No puedes basar una estrategia en hacer reír.
—Claro que puedes.
—No es sostenible.
—Es memorable.
Shelly volvió a leer el comentario.
Luego otro.
"Necesitaba esto hoy."
Y otro más.
"No sé quién está detrás de esto, pero gracias por hacerlo tan real."
Se quedó en silencio unos segundos.
No incómodo.
Más bien… reflexivo.

—No esperábamos esto —admitió finalmente.

—No —respondió Robert—. Y ahí está lo interesante.

Shelly apoyó el codo sobre el escritorio, observando la pantalla con más atención.

—Esto cambia el enfoque.

—Lo mejora.

—Lo complica.

—Un poco.

Shelly dejó escapar una pequeña exhalación.

—Me gusta cuando las cosas son claras.

—Y a mí cuando sorprenden.

Ella giró la cabeza hacia él.

—Eso es porque no tienes que responder por los errores.

Robert sostuvo su mirada.

—O porque no les tengo miedo.

Shelly no respondió.

Pero esa frase se quedó con ella.

—Bien —dijo finalmente, enderezándose—. Tenemos que ajustar la siguiente fase.

Robert levantó una ceja.

—¿Ajustar o controlar?

—Optimizar.

—Eso suena más bonito.

Shelly ignoró el comentario, aunque una pequeña sonrisa amenazó con aparecer.

—Necesitamos mantener esta línea, pero con coherencia.

—Estoy de acuerdo.

—Y con ciertos límites.

—Ahí ya no tanto.

Shelly lo miró.

—Siempre quieres ir más allá.
—Siempre te quedas un paso atrás.
—Eso se llama prudencia.
—Eso se llama perder oportunidades.
Shelly lo observó en silencio.
Evaluándolo.
No como antes.
No como un problema.
Sino como… una perspectiva distinta.
—Tal vez —dijo finalmente— haya un punto medio.
Robert sonrió.
—Eso suena a progreso.
—Eso suena a estrategia.
—Eso suena a que estás cambiando.
Shelly entrecerró los ojos.
—No estoy cambiando.
—Un poco.
—Nada.
—Algo.
Ella negó con la cabeza.
Pero esta vez…
no insistió.
Más tarde, mientras revisaban ideas, ocurrió algo inesperado.
Shelly se inclinó para tomar un documento.
Robert hizo lo mismo al mismo tiempo.
Sus manos se rozaron.
Levemente.
Nada dramático.
Nada exagerado.

Pero suficiente.

Shelly retiró la mano primero.

Rápido.

Demasiado rápido.

—Perdón —dijo, sin mirarlo.

—No pasa nada.

Pero ambos se quedaron quietos un instante.

Como si ese pequeño contacto hubiera interrumpido algo más grande.

Shelly retomó su postura.

—Sigamos.

Robert asintió, aunque su expresión había cambiado.

Más atento.

Más… consciente.

Pasaron unos minutos.

Y entonces…

sucedió.

Shelly soltó una risa.

Suave.

Breve.

Pero completamente real.

Se llevó la mano a la boca, sorprendida.

—¿Acabas de reírte? —preguntó Robert, genuinamente sorprendido.

Ella negó rápidamente.

—No.

—Sí.

—No.

—Definitivamente sí.

Shelly intentó mantener la compostura.

—Fue involuntario.
Robert la miró como si acabara de presenciar algo histórico.
—Tengo que anotar esto.
—No lo hagas.
—Día importante: Shelly se rió.
Ella no pudo evitarlo.
Volvió a sonreír.
—Eres ridículo.
—Y tú acabas de reírte otra vez.
Shelly cerró los ojos un segundo.
—Esto no cuenta.
—Claro que cuenta.
—No.
—Totalmente.
Shelly negó con la cabeza, pero ya no estaba luchando contra ello.
Y eso era lo más evidente de todo.
El ambiente cambió.
Sutilmente.
Pero de forma clara.
Menos tensión.
Más naturalidad.
Más… cercanía.
—Creo que vamos bien —dijo Robert después de un rato.
Shelly asintió.
—Sí.
Y no lo cuestionó.
No lo analizó.
No lo corrigió.
Simplemente… lo aceptó.

Porque, sin darse cuenta,
ya no estaba intentando controlar cada momento.
Estaba viviendo algunos.
Y eso…
era nuevo.

CAPÍTULO 9 — DEMASIADO CERCA

Shelly empezó a notar algo extraño.

No en el proyecto.

No en los números.

No en el trabajo.

En él.

Y lo peor… en ella.

Todo comenzó con pequeños detalles.

Demasiado pequeños como para ignorarlos, pero demasiado constantes como para ser casualidad.

Como el hecho de que ahora sabía exactamente a qué hora llegaba Robert.

No porque lo necesitara.

Sino porque lo esperaba.

—Llegaste antes —dijo él esa mañana, dejando su café sobre el escritorio.

Shelly no levantó la vista.

—Siempre llego antes.

—Hoy más de lo normal.

—Tenía cosas que revisar.

—Claro.

El tono de Robert no era acusador.

Era… consciente.

Y eso la incomodó.

—Tenemos que ajustar la segunda fase de la campaña —continuó ella, directa—. Los resultados siguen subiendo, pero necesitamos estabilidad.

—O seguir arriesgando.

—No podemos depender solo de eso.

—Pero fue lo que funcionó.

Shelly levantó la mirada.

—Funcionó una vez.

—Funcionó porque fue real.

Ella sostuvo su mirada unos segundos.

Más de lo necesario.

—No todo puede ser emoción.

—Pero sin emoción no hay conexión.

Shelly no respondió de inmediato.

Porque esa discusión…

ya no se sentía igual.

No era solo sobre trabajo.

Era sobre algo más.

Algo que ninguno estaba nombrando.

Pasaron la mañana trabajando.

Cerca.

Demasiado cerca.

Sus escritorios estaban frente a frente, pero eso ya no era lo relevante.

Lo relevante era la atención.

Cómo, sin darse cuenta, Shelly notaba cuándo Robert dejaba de escribir.

O cómo él parecía percibir cada pequeño cambio en su expresión.

—Estás pensando demasiado —dijo él en un momento.

—Estoy analizando.

—No, estás evitando decidir.

Shelly frunció el ceño.

—Eso no es lo mismo.

—Lo parece.

Ella apoyó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Siempre tienes que tener una opinión sobre todo?

—No sobre todo.

—¿Entonces?

—Solo sobre lo que me importa.

Shelly se quedó quieta.

Ese comentario no sonó casual.

—Esto es trabajo —respondió ella.

—También.

La forma en que lo dijo…

no ayudó.

Más tarde, mientras revisaban contenido, Shelly se inclinó hacia su pantalla para señalar un detalle.

Robert hizo lo mismo.

Sin calcularlo.

Sin coordinarlo.

Sus rostros quedaron demasiado cerca.

Esta vez no fue un roce de manos.

Fue distinto.

Más directo.

Más evidente.

Shelly dejó de hablar a mitad de la frase.

Robert también.

El espacio entre ellos era mínimo.

Suficiente para notar detalles que antes pasaban desapercibidos.

La forma en que él la miraba.

Sin prisa.

Sin evasión.

Como si no estuviera intentando apartarse.

Shelly fue la primera en reaccionar.

Se enderezó rápidamente.

—Esto… no está alineado con la propuesta inicial —dijo, retomando el tema con una precisión casi forzada.

Robert no respondió de inmediato.

Solo la observó un segundo más antes de volver a su pantalla.

—Podemos ajustarlo.

Shelly asintió.

Pero no escribió nada.

Porque, por un momento…

se había olvidado de lo que estaba diciendo.

El resto de la mañana fue más silencioso.

No incómodo.

Pero sí… consciente.

Como si ambos supieran que algo había cambiado.

Y ninguno quisiera decirlo en voz alta.

—Voy por café —dijo Robert levantándose.

Shelly asintió sin mirarlo.

—¿Quieres uno?

Ella dudó.

—No.

Robert dio un paso.

Se detuvo.

—Te voy a traer uno igual.

Shelly frunció el ceño.

—No sabes cómo lo tomo.

Robert sonrió levemente.

—Sí lo sé.

Y se fue.

Shelly se quedó mirando su pantalla.

Sin leer.

Sin escribir.

Pensando.

—Esto no es normal… —murmuró.

Y no se refería al café.

Cuando Robert regresó, dejó la taza sobre su escritorio.

—Sin azúcar —dijo.

Shelly lo miró.

—¿Cómo…?

—Te vi ayer.

Ella bajó la mirada hacia la taza.

—Gracias.

La palabra salió más suave de lo que esperaba.

Robert no hizo ningún comentario.

Solo volvió a su lugar.

Shelly tomó el café.

Le dio un pequeño sorbo.

Exactamente como le gustaba.

Y eso…

la desconcertó más que todo lo demás.

—Tenemos que concentrarnos —dijo ella después de unos segundos, intentando recuperar el control—. Esto no puede afectar el trabajo.

Robert apoyó los brazos sobre el escritorio.

—¿Esto?

Shelly lo miró.
—Sí. Esto.
—No sé de qué hablas.
—Claro que lo sabes.
Robert la observó con calma.
—Entonces dilo tú.
Shelly abrió la boca.
La cerró.
No encontró la forma.
Y eso era lo más frustrante de todo.
—Exacto —dijo él finalmente—. No sabes cómo explicarlo.
—No hay nada que explicar.
—Entonces no hay problema.
Shelly negó con la cabeza.
—Sí lo hay.
—¿Cuál?
Ella sostuvo su mirada.
—Que esto se está saliendo de control.
Robert sonrió ligeramente.
—Eso ya pasó hace rato.
Shelly se quedó en silencio.
Pero esta vez no fue porque no tuviera respuesta.
Fue porque, en el fondo…
sabía que tenía razón.
Porque el problema ya no era el caos.
Ni el trabajo.
Ni la campaña.
Era algo mucho más complicado.
Algo que no podía organizar.

Ni evitar.
Ni ignorar.
Porque, sin darse cuenta,
Robert ya no era solo parte del error.
Era parte de su día.
De sus pensamientos.
De su rutina.
Y eso…
era demasiado.

CAPÍTULO 10 — CONFUSIÓN

Shelly siempre había confiado en una cosa por encima de todo:

Su criterio.

Sabía tomar decisiones.

Sabía analizar situaciones.

Sabía identificar problemas antes de que ocurrieran.

Y, sobre todo…

sabía mantenerse firme.

Hasta ahora.

Esa noche, sentada en su apartamento, con la laptop abierta frente a ella, intentó trabajar.

De verdad lo intentó.

El documento del proyecto Aurora estaba ahí.

Las cifras.

Los gráficos.

Los resultados.

Todo claro.

Todo ordenado.

Todo… ignorado.

Porque su mente no estaba ahí.

Estaba en otro lugar.

En un momento específico.

Demasiado cerca.

Demasiado claro.

Demasiado reciente.

Cerró la laptop de golpe.

—Esto es absurdo… —murmuró.

Se levantó del sofá y empezó a caminar por la sala.

—Es solo trabajo.

Se detuvo.

—Solo una interacción.

Dio otro paso.

—No significa nada.

Pero no sonaba convincente.

Ni siquiera para ella.

Shelly no era de las personas que dudaban.

Pero esa noche…

lo hizo.

—No tiene lógica —susurró.

Y eso era precisamente lo que más le molestaba.

Se dejó caer nuevamente en el sofá.

Tomó su teléfono.

Lo desbloqueó.

Lo volvió a bloquear.

Lo dejó a un lado.

Suspiró.

—No voy a pensar en esto.

Dos segundos después…

seguía pensando en eso.

Mientras tanto, en otro lugar de la ciudad, Robert también estaba despierto.

Pero no caminando de un lado a otro.

No cuestionando cada pensamiento.

No intentando encontrarle lógica a algo que claramente no la tenía.

Estaba recostado en su sofá, mirando el techo, con una ligera sonrisa.

No confundido.

Solo… consciente.

A la mañana siguiente, Shelly llegó más temprano de lo habitual.

Otra vez.

Pero esta vez no era por trabajo.

Era por evitar algo.

O a alguien.

Encendió su computadora.

Abrió archivos.

Revisó correos.

Se enfocó.

O al menos, lo intentó.

—Eso no va a funcionar.

Shelly cerró los ojos un segundo.

No necesitaba mirar para saber quién era.

—Llegaste temprano —dijo, manteniendo la vista en la pantalla.

—Tú también.

—Siempre lo hago.

—Hoy más.

Shelly ignoró el comentario.

—Tenemos que revisar la siguiente fase.

—Podemos hacerlo.

—Ahora.

—Ahora.

Silencio breve.

Pero cargado.
Robert se sentó frente a ella.
Como siempre.
Pero no se sentía igual.
Shelly lo notó.
La forma en que él la miraba.
Más directa.
Más tranquila.
Como si no estuviera evitando nada.
A diferencia de ella.
—Shelly —dijo él.
—Robert.
—Tenemos que hablar.
Ella levantó la mirada.
—Estamos hablando.
—No de trabajo.
Shelly se tensó apenas.
—No hay nada más de qué hablar.
Robert la observó unos segundos.
—Claro que sí.
—No.
—Sí.
Ella sostuvo su mirada.
Más firme.
Más defensiva.
—Esto no es necesario.
—Tal vez no para ti.
—Para nadie.
Robert apoyó los brazos sobre el escritorio.

—Entonces dime por qué estás actuando diferente.

Shelly no respondió de inmediato.

Porque esa pregunta…

la tocó más de lo que esperaba.

—No estoy actuando diferente.

—Sí lo estás.

—No.

—Shelly…

—Estoy trabajando.

Robert soltó una pequeña exhalación.

No frustrado.

Más bien… paciente.

—No tienes que convertir todo en trabajo.

—Es lo que estamos haciendo aquí.

—No es lo único.

Shelly bajó la mirada por un segundo.

Y eso fue suficiente.

Robert lo notó.

—Mira —dijo él, con un tono más suave—. No estoy diciendo que tengamos que definir nada.

Shelly levantó la vista.

—Entonces no hay nada que decir.

—Estoy diciendo que no tienes que evitarlo.

—No estoy evitando nada.

—Shelly.

—Robert.

Se miraron.

Otra vez.

Pero esta vez sin sarcasmo.

Sin juego.
Más real.
—Esto no cambia nada —dijo ella finalmente.
—No tiene que cambiarlo todo.
—Entonces no es relevante.
Robert negó ligeramente con la cabeza.
—No todo lo que importa es urgente.
Shelly se quedó en silencio.
Esa frase…
se quedó.
—Tenemos trabajo —dijo ella finalmente, retomando su postura.
—Siempre.
—Entonces enfoquémonos.
Robert la observó un segundo más.
Luego asintió.
—Está bien.
Trabajaron.
Pero no como antes.
Había algo distinto.
Menos ligero.
Más consciente.
Cada mirada duraba un poco más.
Cada silencio decía un poco más.
Cada momento… pesaba diferente.
—Esto está bien —dijo Shelly después de revisar un documento.
—Lo sé.
—Podemos seguir por esta línea.
—Podemos.
Shelly asintió.

Pero no sonrió.
No esta vez.
Porque ahora ya no era solo curiosidad.
Ni incomodidad.
Ni sorpresa.
Era algo más complejo.
Algo que no podía ignorar tan fácilmente.
Al final del día, recogió sus cosas en silencio.
Sin comentarios innecesarios.
Sin miradas prolongadas.
—Nos vemos mañana —dijo.
Robert asintió.
—Mañana.
Shelly se giró y caminó hacia la salida.
Paso firme.
Pero no completamente seguro.
Porque esta vez…
no estaba huyendo del caos.
Estaba huyendo de algo mucho más complicado.
De lo que empezaba a sentir.
Y de lo poco preparada que estaba para eso.

CAPÍTULO 11 — CELOS

Shelly no era una persona celosa.

No lo había sido nunca.

No porque no pudiera sentirlo.

Sino porque nunca había tenido una razón.

Hasta ahora.

La mañana empezó como cualquier otra.

O al menos, eso intentó convencerse.

Llegó temprano.

Encendió su computadora.

Revisó correos.

Abrió el proyecto Aurora.

Rutina.

Orden.

Control.

Todo en su sitio.

Todo… aparentemente normal.

—Buenos días.

Shelly levantó la mirada.

Y no fue Robert.

Fue ella.

—Hola —respondió Shelly, automática.

La mujer frente a ella sonreía con facilidad. Cabello bien arreglado, postura segura, mirada directa.

—¿Eres Shelly, verdad?

—Sí.

—He oído mucho de ti.

Eso llamó su atención.

—¿Ah, sí?

—Sí —extendió la mano—. Soy Laura.

Shelly estrechó su mano.

Firme.

Profesional.

—Mucho gusto.

—Igualmente.

Laura miró alrededor, como ubicándose.

—Estoy buscando a Robert.

Shelly sintió algo.

Pequeño.

Rápido.

Inesperado.

—Está… —se detuvo apenas—. No ha llegado aún.

—Perfecto —dijo Laura con una sonrisa tranquila—. Lo espero.

Y, sin pedir permiso, se sentó en la silla frente al escritorio de Robert.

Shelly volvió a su pantalla.

Pero no estaba leyendo.

No estaba trabajando.

No estaba concentrada.

Porque ahora había una presencia nueva.

Una variable que no estaba en su sistema.

—¿Trabajan juntos? —preguntó Laura después de unos segundos.

—Sí.

—Me imaginé.

Shelly levantó la vista.

—¿Por qué?

Laura sonrió.

—Porque él no deja de hablar de ti.

El corazón de Shelly dio un pequeño salto.

Innecesario.

Molesto.

Inexplicable.

—¿Ah, sí?

—Sí. Dice que eres… interesante.

Shelly no supo cómo interpretar eso.

Y eso le molestó aún más.

—Buenos días.

Esa voz.

Shelly no necesitó mirar.

Pero lo hizo.

Robert se detuvo al ver a Laura.

Y sonrió.

De una forma distinta.

Más abierta.

Más natural.

—No esperaba verte aquí —dijo él.

—Sorpresa —respondió ella, levantándose—. Tenía que pasar cerca, así que pensé en saludarte.

Se acercó.

Demasiado cerca.

Lo abrazó.

Natural.

Fácil.
Como si ya lo hubiera hecho muchas veces.
Shelly apartó la mirada.
Volvió a su pantalla.
Pero no veía nada.
—Shelly —dijo Robert—, ella es Laura.
Shelly levantó la vista.
—Ya nos conocemos.
—Perfecto —respondió él.
Demasiado tranquilo.
—Somos amigos desde hace años —añadió Laura.
Eso explicó el abrazo.
Pero no lo hizo mejor.
—¿Tienes un minuto? —preguntó Laura, mirándolo.
—Sí, claro.
Robert se giró hacia Shelly.
—Vuelvo en un momento.
Shelly asintió.
—Claro.
Demasiado rápido.
Demasiado neutral.
Demasiado falso.
Los vio alejarse.
Hablando.
Riendo.
Cómodos.
Como si no hubiera tensión.
Como si todo fuera simple.
Shelly apretó ligeramente el bolígrafo entre sus dedos.

—Esto no es relevante —murmuró.
Abrió un documento.
Lo cerró.
Abrió otro.
Nada.
No podía concentrarse.
—Ridículo… —susurró.
Y tenía razón.
Porque no tenía ningún derecho a sentirse así.
Ninguno.
Pero eso no lo hacía desaparecer.
Pasaron diez minutos.
Luego quince.
Luego veinte.
Demasiado tiempo.
—No es asunto mío —se repitió.
Pero su mirada se desviaba sola.
Hacia la entrada.
Hacia donde habían desaparecido.
Cuando Robert regresó, su expresión era relajada.
Como siempre.
Como si nada hubiera cambiado.
—Perdón —dijo, sentándose—. Se alargó un poco.
Shelly no levantó la vista.
—No hay problema.
—¿En qué estabas?
—Trabajando.
—Bien.
Silencio.

Breve.
Pero distinto.
—¿Todo bien? —preguntó él.
Shelly asintió.
—Sí.
—¿Segura?
—Sí.
Robert la observó unos segundos.
—Estás más callada de lo normal.
—Estoy concentrada.
—Siempre estás concentrada.
Shelly levantó la mirada.
—Entonces no debería sorprenderte.
Robert sostuvo su mirada.
Como intentando leer algo más.
—No.
Pero no dijo nada más.
Trabajaron.
Pero ya no era igual.
La dinámica había cambiado.
Shelly estaba más distante.
Más precisa.
Más… fría.
Y Robert lo notaba.
—¿Hice algo? —preguntó en un momento.
Shelly negó.
—No.
—Entonces…
—Nada.

—Shelly.
Ella levantó la vista.
—Robert.
—Esto no es normal.
—¿Qué cosa?
—Tú.
Shelly soltó una pequeña risa sin humor.
—Soy la misma de siempre.
—No.
—Sí.
—No.
Ella lo miró fijamente.
—Estoy trabajando.
—Y evitando.
Shelly se tensó.
—No estoy evitando nada.
—Entonces dime qué pasa.
—Nada.
—Shelly…
—Nada.
El silencio que siguió no fue incómodo.
Fue pesado.
Como una conversación que no se estaba teniendo.
Robert apoyó la espalda en la silla.
—Ok.
No insistió.
Pero tampoco se convenció.
Shelly volvió a la pantalla.
Pero ahora sí estaba claro.

Algo no cuadraba.
Y no era el proyecto.
No eran los resultados.
No era el trabajo.
Era Laura.
Era Robert.
Era la forma en que se habían mirado.
La forma en que habían hablado.
La facilidad.
La cercanía.
Y lo peor…
era lo que eso le hacía sentir.
Shelly no era una persona celosa.
Pero ese día…
por primera vez,
no estaba tan segura.

CAPÍTULO 12 — EL PROBLEMA REAL

Shelly siempre había sido buena identificando problemas.
Era parte de su trabajo.
Detectar fallas.

Corregir errores.

Optimizar resultados.
Todo tenía una causa.

Todo tenía una solución.
O al menos… así funcionaba antes.
Ese día, nada encajaba.
No en el proyecto.
No en los números.
No en el trabajo.
Ahí todo seguía funcionando.
Incluso mejor que antes.
El problema era otro.
Shelly revisaba el mismo documento por tercera vez.
Sin leer realmente.
Sin procesar.
Solo… pasando la vista.
—Eso no va a cambiar si lo miras así.

Robert.

Ella no levantó la vista.

—Estoy revisando.

—Estás evitando.

Shelly exhaló despacio.

—No empieces.

—No he empezado nada.

—Exacto.

Robert se apoyó ligeramente en su escritorio.

—¿Quieres decirme qué pasa?

—Nada.

—No te creo.

—No necesitas hacerlo.

Robert guardó silencio unos segundos.

No insistió de inmediato.

Y eso… fue peor.

Shelly dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Tenemos que enfocarnos en la siguiente fase —dijo, con tono firme—. Esto no puede retrasarse.

—No se está retrasando.

—Puede hacerlo.

—No lo hará.

Shelly levantó la mirada.

—No todo se resuelve con "no lo hará".

Robert sostuvo su mirada con calma.

—Y no todo se resuelve controlándolo todo.

Ahí estaba otra vez.

Ese punto.

Ese choque.

Pero esta vez…
no sonaba igual.
—Esto no es sobre el proyecto —dijo él finalmente.
Shelly se quedó quieta.
—Claro que lo es.
—No.
—Sí.
Robert negó ligeramente.
—No lo es.
Shelly lo miró.
Más directa.
Más cansada.
—Entonces, ¿qué es?
Robert no respondió de inmediato.
La observó.
Como si estuviera decidiendo cuánto decir.
—Tú dime.
Shelly abrió la boca.
Pero no dijo nada.
Porque por primera vez…
no tenía una respuesta lista.
—No me gustan las cosas que no puedo controlar —dijo finalmente.
La frase salió más baja de lo habitual.
Más honesta.
Robert no interrumpió.
—No me gustan las variables que no entiendo —continuó—. No me gustan los cambios sin estructura.
Robert asintió levemente.
—Lo sé.

Shelly bajó la mirada un segundo.
—Y esto…
Se detuvo.
Buscando la palabra correcta.
No la encontró.
—Esto qué —preguntó él suavemente.
Shelly levantó la vista.
Y esta vez no evitó la respuesta.
—Esto es un problema.
Robert no sonrió.
No hizo ningún comentario irónico.
—¿Por qué?
Shelly sostuvo su mirada.
—Porque no sé qué hacer con ello.
Silencio.
Pero no incómodo.
Honesto.
Robert se enderezó un poco en su silla.
—No tienes que hacer nada.
—Claro que sí.
—No.
—Siempre hay algo que hacer.
—No esta vez.
Shelly negó con la cabeza.
—Eso no tiene sentido.
—Lo sé.
—Entonces no funciona.
—A veces no se trata de que funcione.
Shelly frunció el ceño.

—¿Entonces?
Robert la miró con más atención.
—Se trata de que es.
La frase quedó suspendida entre ellos.
Simple.
Pero difícil de procesar.
Shelly apoyó la espalda en la silla.
Miró hacia un punto fijo.
Pensando.
Demasiado.
Como siempre.
—No me gusta esto —dijo finalmente.
Robert asintió.
—Eso también lo sé.
—No es práctico.
—No.
—No es claro.
—No.
—No es… conveniente.
Robert esbozó una leve sonrisa.
—Definitivamente no.
Shelly lo miró.
Y por primera vez…
no discutió.
—¿Y si arruina todo? —preguntó después de unos segundos.
Robert no respondió de inmediato.
—¿Qué cosa?
Shelly dudó.
Pero ya no retrocedió.

—Esto.

Robert sostuvo su mirada.

—¿Y si no lo hace?

Shelly no respondió.

Porque esa posibilidad…

no la había considerado realmente.

—Siempre piensas en lo que puede salir mal —dijo él—. Nunca en lo que podría salir bien.

—Eso evita errores.

—Eso evita vivir algunas cosas.

Shelly bajó la mirada.

Esa frase…

se sintió más personal de lo que quería admitir.

—No sé cómo hacer esto —dijo en voz baja.

Robert no la presionó.

No la corrigió.

No la interrumpió.

—Entonces no lo hagas perfecto —respondió finalmente—. Hazlo real.

Shelly levantó la vista.

—Eso no es una solución.

—Es la única que funciona aquí.

Se quedaron en silencio unos segundos.

Pero esta vez…

no había tensión.

No había defensa.

Solo… claridad.

Shelly respiró hondo.

—Esto complica las cosas.

—Sí.

—Y puede afectar el trabajo.

—Puede.

—Y no estaba en el plan.

Robert sonrió apenas.

—Definitivamente no.

Shelly lo observó.

Y, lentamente…

algo cambió.

—No lo voy a ignorar —dijo finalmente.

Robert alzó ligeramente las cejas.

—Eso es nuevo.

—No lo voy a ignorar —repitió—. Pero tampoco voy a dejar que afecte lo que estamos haciendo.

Robert asintió.

—Eso es justo.

—Y vamos a seguir trabajando como siempre.

—Intentarlo al menos.

Shelly lo miró.

—Sí.

Una pausa.

Más ligera.

Más tranquila.

—Shelly —dijo él.

—¿Qué?

—Eso que dijiste antes…

—¿Qué cosa?

—Que no sabes qué hacer con esto.

Shelly sostuvo su mirada.

—Sí.
Robert sonrió, pero esta vez sin sarcasmo.
—Eso significa que sí te importa.
Shelly no respondió.
Pero tampoco lo negó.
Y esa fue la primera vez…
que el problema dejó de ser el caos.
Y empezó a ser algo mucho más claro.
Porque ya no era confusión.
Ni incomodidad.
Ni duda.
Era algo más simple.
Y mucho más complicado al mismo tiempo.
Shelly ya no estaba intentando evitarlo.
Estaba empezando a aceptarlo.

CAPÍTULO 13 — DISTANCIA

La decisión fue lógica.

Necesaria.

Correcta.

Al menos, eso fue lo que Shelly se repitió a sí misma.

—Vamos a mantener esto profesional —dijo esa mañana, sin rodeos.

Robert la miró desde su escritorio.

—Siempre lo ha sido.

—No del todo.

Él no respondió de inmediato.

Esperó.

—Necesitamos enfocarnos —continuó Shelly—. El proyecto está en un punto importante y no podemos permitir distracciones.

Robert asintió lentamente.

—Está bien.

Demasiado fácil.

Demasiado rápido.

Eso la incomodó más de lo que esperaba.

—Entonces… —añadió ella—, mantenemos las cosas claras.

—Claras.

—Trabajo.

—Trabajo.

Shelly sostuvo su mirada.

Buscando algo.
Cualquier cosa.
Pero Robert solo asintió.
—Perfecto.
Y eso fue todo.
El problema no fue la decisión.
Fue lo que vino después.
Porque mantener distancia…
no era tan sencillo como parecía.
Las horas pasaron.
Trabajaron.
Hablaron.
Pero solo lo necesario.
Sin comentarios extra.
Sin bromas.
Sin miradas que duraran más de lo debido.
Todo correcto.
Todo limpio.
Todo… vacío.
Shelly miraba la pantalla.
Pero no leía.
No analizaba.
No pensaba en estrategia.
Pensaba en lo que faltaba.
—¿Revisaste la última versión? —preguntó ella.
—Sí.
—¿Comentarios?
—Está bien.
—¿Algo que cambiar?

—No.
Respuestas cortas.
Precisas.
Sin espacio para más.
Eso era lo que ella quería.
¿No?
Robert trabajaba en silencio.
Sin interrumpir.
Sin observarla como antes.
Sin decir nada innecesario.
Y eso…
era lo más extraño de todo.
Shelly levantó la vista.
Lo miró.
Solo un segundo.
Él estaba concentrado en su pantalla.
Tranquilo.
Distante.
Como si nada hubiera pasado.
Como si no importara.
Shelly volvió a mirar su computadora.
—Esto es mejor —murmuró.
Pero no lo sintió así.
El día avanzó lento.
Pesado.
Como si cada hora durara el doble.
Al mediodía, el equipo comentó los avances.
—La campaña sigue creciendo.

—Los números son estables.

—Buen trabajo.
Shelly asintió.
Profesional.
Eficiente.
Correcta.
Pero no satisfecha.
—Buen trabajo —dijo Robert al terminar la reunión.
Shelly lo miró.
—Igualmente.
Nada más.
Antes, habría habido algo más.
Un comentario.
Una sonrisa.
Un pequeño momento.
Ahora… nada.
—Voy a salir un momento —dijo él después.
—Ok.
Ni siquiera preguntó a dónde.
Ni por qué.
Ni cuánto tiempo.
Y eso fue lo que más dolió.
Shelly se quedó sola.
En su escritorio.
Con todo en orden.
Todo funcionando.
Todo… perfecto.
Y aun así…

sentía que algo faltaba.
Se levantó.
Caminó unos pasos.
Se detuvo.
Volvió a su lugar.
Nada cambiaba.
—Esto era lo correcto —se dijo.
—Esto es lo mejor.
—Esto es lo que debía pasar.
Pero no sonaba igual que antes.
Cuando Robert regresó, no dijo nada.
Se sentó.
Siguió trabajando.
Como si el espacio entre ellos ya estuviera definido.
Y lo estaba.
Más tarde, al final del día, Shelly recogió sus cosas.
En silencio.
Sin mirar demasiado.
—Nos vemos mañana —dijo.
Robert levantó la vista.
—Mañana.
Eso fue todo.
Shelly caminó hacia el ascensor.
Sola.
Las puertas se cerraron.
Y por primera vez en días…
el silencio volvió.
Pero ya no era extraño.
Ni incómodo.

Era frío.
Shelly apoyó la cabeza ligeramente contra la pared del ascensor.
Cerró los ojos.
Solo un segundo.
—Esto no debería sentirse así… —susurró.
Porque había tomado la decisión correcta.
Había hecho lo lógico.
Había recuperado el control.
Entonces…
¿por qué se sentía como si hubiera perdido algo?
Esa noche, su apartamento estaba más ordenado que nunca.
Todo en su lugar.
Todo impecable.
Y completamente vacío.
Shelly dejó su bolso.
Se sentó en el sofá.
Miró su teléfono.
Nada.
Y, sin darse cuenta,
lo único que realmente quería…
era que algo interrumpiera ese silencio.
Pero no pasó.
Porque a veces,
cuando eliges el control…
también eliges la distancia.
Y la distancia…
siempre se siente más de lo que se ve.

CAPÍTULO 14 — LO QUE DUELE

Shelly no durmió bien.
Otra vez.
Pero esta vez no fue por confusión.
Ni por duda.
Fue por algo mucho más claro.
Ausencia.
El apartamento estaba en silencio.
Como siempre.
Pero ahora ese silencio… pesaba.
Se levantó temprano.
Más temprano de lo necesario.
No por disciplina.
Sino porque quedarse en la cama no ayudaba.
Llegó a la oficina antes que todos.
Incluso antes que el día anterior.
Encendió la computadora.
Abrió archivos.
Revisó datos.
Hizo todo lo que se suponía que debía hacer.
Y nada cambió.
Porque el problema no estaba en el trabajo.

—Llegaste temprano.
Shelly no levantó la vista.
Robert.
—Sí.
—Yo también.
—Siempre lo haces.
—Hoy no.
Shelly notó el cambio.
Pequeño.
Pero claro.
—Tenemos que revisar los resultados —dijo ella.
—Ya lo hice.
—¿Y?
—Todo bien.
Respuestas cortas.
Otra vez.
Shelly levantó la mirada.
—¿Eso es todo?
Robert se encogió ligeramente de hombros.
—Sí.
—¿Nada más?
—¿Qué más debería haber?
Shelly se quedó en silencio.
No por falta de respuesta.
Sino porque no quería decirla.
—Nada —respondió finalmente.
Y volvió a la pantalla.
Pero ya no podía ignorarlo.
Pasaron unos minutos.

Demasiado tranquilos.
Demasiado correctos.
Demasiado… vacíos.
—Esto no está funcionando —dijo de repente.
Robert levantó la vista.
—¿El proyecto?
—No.
Ahí estaba.
Robert no habló.
Esperó.
Shelly respiró hondo.
—Esto —repitió—. Esto entre nosotros.
La frase quedó en el aire.
Sin adornos.
Sin excusas.
Robert la miró con más atención.
—Tú lo quisiste así.
—Lo sé.
—Entonces…
—Entonces no esperaba que fuera tan… —se detuvo.
Buscando la palabra.
No la encontró.
—¿Tan qué?
Shelly sostuvo su mirada.
—Vacío.
Silencio.
Pero no incómodo.
Doloroso.
Robert apoyó los brazos sobre el escritorio.

—No es vacío.
—Lo es.
—Es distancia.
—Se siente igual.
Shelly bajó la mirada un segundo.
—Pensé que era lo correcto.
—Y lo es.
—Entonces, ¿por qué se siente mal?
Robert no respondió de inmediato.
—Porque no todo lo correcto se siente bien.
Eso la golpeó más de lo esperado.
Shelly cerró los ojos un instante.
—No me gusta esto.
—A mí tampoco.
Ella levantó la vista.
—Entonces, ¿por qué estamos haciéndolo?
Robert sostuvo su mirada.
—Porque tú lo pediste.
La verdad.
Simple.
Directa.
Imposible de ignorar.
Shelly apretó ligeramente los labios.
—Lo pedí porque pensé que era lo mejor.
—¿Y ahora?
Shelly dudó.
Pero ya no podía esconderlo.
—Ahora… no estoy segura.
Robert la observó.

Sin sonrisa.
Sin sarcasmo.
Solo… presente.
—No sé cómo hacer esto —admitió ella.
—No tienes que saberlo todo.
—Siempre lo sé.
—Esta vez no.
Shelly dejó escapar una pequeña exhalación.
—Esto complica todo.
—Sí.
—Puede afectar el trabajo.
—Tal vez.
—Y no estaba en el plan.
Robert esbozó una leve sonrisa.
—Nada de esto lo estaba.
Shelly lo miró.
Y por primera vez…
no intentó corregirlo.
—Cuando no estás —dijo de repente—, es más fácil.
Robert frunció ligeramente el ceño.
—¿Y cuando estoy?
Shelly sostuvo su mirada.
—Es más difícil.
Silencio.
Pero esta vez no fue incómodo.
Fue… honesto.
—¿Difícil cómo? —preguntó él, con un tono más bajo.
Shelly dudó.
Pero ya no retrocedió.

—Difícil concentrarme.
Difícil ignorarte.
Difícil… no pensar en esto.
Robert no apartó la mirada.
—Eso no suena como un problema.
Shelly soltó una pequeña risa sin humor.
—Para mí sí.
—¿Por qué?
—Porque no lo puedo controlar.
Ahí estaba.
El verdadero problema.
Robert se inclinó ligeramente hacia adelante.
—No todo tiene que estar bajo control.
—Para mí sí.
—No.
—Sí.
—Shelly…
Ella negó con la cabeza.
—No entiendes.
—Explícame.
Shelly guardó silencio unos segundos.
Luego habló.
Más despacio.
Más sincera.
—Si dejo que esto pase… no sé qué sigue.
Robert la miró con calma.
—Tal vez algo bueno.
—O algo que arruine todo.
—Eso también es posible.

Shelly bajó la mirada.
—No me gustan los riesgos.
—Lo sé.
—Pero esto…
Se detuvo.
—Esto no se siente como un riesgo cualquiera.
Robert no dijo nada.
Esperó.
Shelly levantó la vista.
—Se siente como algo que podría importar demasiado.
Silencio.
Y eso…
era lo que más miedo le daba.
Robert la observó.
Y, por primera vez, su expresión cambió.
Más seria.
Más clara.
—Entonces ya sabes lo que es.
Shelly no respondió.
Pero esta vez…
no lo negó.
Porque ya no era confusión.
Ni incomodidad.
Ni duda.
Era algo mucho más claro.
Y mucho más difícil de ignorar.

CAPÍTULO 15 — DECISIONES

Shelly no dijo nada después de eso.
No porque no tuviera qué decir.
Sino porque, por primera vez en mucho tiempo…
no confiaba en sus propias palabras.
El resto del día pasó en una especie de pausa extraña.
No hubo discusiones.
No hubo bromas.
No hubo ese equilibrio incómodo que habían construido.
Solo trabajo.
Correcto.
Eficiente.
Vacío.
Shelly revisaba documentos sin procesarlos realmente.
Leía frases que no retenía.
Tomaba decisiones que no sentía.
Todo funcionaba.
Pero ella no.
Robert tampoco insistió.
No volvió a sacar el tema.
No la presionó.
Y eso…

le dolió más de lo que esperaba.
Porque, en el fondo, una parte de ella quería que lo hiciera.
Que rompiera esa distancia.
Que dijera algo más.
Que no lo dejara así.
Pero no pasó.
Al final del día, Shelly recogió sus cosas en silencio.
Como siempre.
Pero sin esa precisión automática de antes.
—Me voy —dijo.
Robert levantó la vista.
—Sí.
Nada más.
Shelly asintió.
Y se fue.
Pero esta vez…
no fue suficiente.
Salió del edificio.
El aire fresco de la tarde la golpeó con más fuerza de lo habitual.
La ciudad seguía igual.
Ruidosa.
Apurada.
Indiferente.
Y ella…
se sentía completamente fuera de lugar.
Caminó unos pasos.
Se detuvo.
Respiró hondo.
Intentó recuperar el control.

—Esto no tiene sentido… —murmuró.
Pero ya no podía seguir repitiéndose eso.
Porque sí lo tenía.
Y lo sabía.
No era el trabajo.
No era la rutina.
No era la incomodidad.
Era él.
Shelly cerró los ojos un momento.
Recordó la mañana.
La conversación.
La forma en que había dicho:
"Se siente como algo que podría importar demasiado."
Y lo peor…
era que era verdad.
Siempre había evitado ese tipo de situaciones.
Las que no podía controlar.
Las que podían cambiarlo todo.
Las que podían… afectarla.
Pero ahora estaba ahí.
Justo en medio.
Sin plan.
Sin estructura.
Sin garantías.
—No puedo hacer esto… —susurró.
Pero no sonaba convencida.
Dio media vuelta.
Caminó.
Un paso.

Otro.

Intentando avanzar.

Intentando dejarlo atrás.

No funcionó.

Se detuvo otra vez.

Miró hacia el edificio.

Y en ese momento…

entendió algo.

El problema no era que no supiera qué hacer.

Era que sí lo sabía.

Y le daba miedo hacerlo.

Shelly dejó escapar el aire lentamente.

—Siempre tan lógica… —murmuró con una leve ironía hacia sí misma.

Pensó en todo lo que había construido.

Su rutina.

Su control.

Su forma de hacer las cosas.

Y en lo fácil que sería volver a eso.

Ignorar lo que sentía.

Seguir adelante.

Actuar como si nada hubiera pasado.

Podía hacerlo.

Siempre lo había hecho.

Pero esta vez…

no quería.

Ese fue el momento.

Pequeño.

Silencioso.

Pero definitivo.
Shelly tomó una decisión.
No iba a ignorarlo.
No iba a esconderlo.
No iba a volver a fingir que no estaba pasando.
Porque, por primera vez,
algo importaba más que tener todo bajo control.
Y eso…
lo cambiaba todo.
Se giró.
Y volvió.
Entró al edificio con paso firme.
Más rápido.
Más decidido.
El ascensor tardó demasiado.
O eso le pareció.
Piso 12.
Las puertas se abrieron.
La oficina estaba casi vacía.
Luces bajas.
Computadoras apagadas.
Silencio.
Pero él seguía ahí.
Robert estaba sentado en su escritorio.
Revisando algo en su laptop.
Tranquilo.
Como siempre.
Shelly se detuvo a unos pasos.
Lo observó un segundo.

Solo uno.

—No es tan fácil —dijo.

Robert levantó la vista.

Sorprendido.

—Pensé que te habías ido.

—Lo hice.

—¿Y entonces?

Shelly dio un paso más.

—Volví.

Robert se enderezó en su silla.

—Eso ya lo veo.

Shelly respiró hondo.

Esta vez no para calmarse.

Para hablar.

—No puedo hacer esto como si no pasara nada.

Robert no dijo nada.

Solo la miró.

—No puedo seguir actuando como si esto fuera solo trabajo —continuó—. Porque no lo es.

Silencio.

Pero lleno.

Robert cerró su laptop lentamente.

—Lo sé.

Shelly dio otro paso.

—Y tampoco puedo fingir que no me afecta.

—Lo sé.

—Y no sé qué hacer con eso.

—Tampoco tienes que saberlo.

Shelly negó con la cabeza.

—No. Pero sí tengo que decidir qué hacer.
Robert la observó con más atención.
—¿Y ya decidiste?
Shelly sostuvo su mirada.
Y esta vez…
no dudó.
—Sí.
Un segundo.
Dos.
—No quiero alejarme.
El silencio que siguió fue distinto.
No pesado.
No incómodo.
Importante.
Robert no sonrió de inmediato.
Solo la miró.
Como asegurándose de que lo había dicho en serio.
—Eso no suena muy organizado —dijo finalmente.
Shelly dejó escapar una pequeña risa.
Suave.
Real.
—No lo es.
Robert se levantó.
Despacio.
Sin romper el momento.
—¿Estás segura?
Shelly lo miró.
Y esta vez…
no buscó una respuesta perfecta.

—No —admitió—. Pero no quiero ignorarlo.
Robert asintió.
—Eso es suficiente.
Se quedaron ahí.
Frente a frente.
Sin prisa.
Sin tensión.
Pero con algo claro por primera vez.
No tenían todas las respuestas.
No sabían cómo iba a salir.
No tenían un plan.
Pero estaban dispuestos a intentarlo.
Y eso…
para alguien como Shelly…
era la decisión más grande de todas.

CAPÍTULO 16 — EL ERROR CORRECTO

Nada cambió.
Y, al mismo tiempo… todo cambió.
A la mañana siguiente, Shelly llegó a la oficina a las 7:58.
Como siempre.
Dos minutos antes.
Ni uno más, ni uno menos.
Pero ya no se sentía igual.
Encendió su computadora.
Organizó su escritorio.
Revisó su agenda.
Todo en su sitio.
Todo bajo control.
Excepto una cosa.
Ella ya no estaba intentando controlar todo.
—Buenos días.
Shelly levantó la mirada.
Robert.
En su lugar.
Como siempre.
Pero no como antes.
—Buenos días —respondió.

Su voz sonó más ligera.

Más natural.

Robert dejó su café sobre el escritorio.

—¿Dormiste?

Shelly dudó apenas.

—Mejor.

—Eso suena a progreso.

—Eso suena a que dejé de pensar tanto.

Robert sonrió.

—Eso sí que es nuevo.

Shelly negó con la cabeza, pero esta vez sin defenderse.

—No te acostumbres.

—Imposible.

Se miraron un segundo más.

Sin tensión.

Sin incomodidad.

Diferente.

—Tenemos que revisar los nuevos resultados —dijo Shelly, volviendo al trabajo.

—Claro.

Pero ninguno se movió de inmediato.

Porque ahora el silencio no era incómodo.

Era… cómodo.

—¿Sabes qué es lo raro? —dijo Shelly después de unos segundos.

—Muchas cosas —respondió Robert—, pero dime.

Ella apoyó ligeramente la mano sobre el escritorio.

—Que todo sigue funcionando.

—¿Eso es raro?

—Sí.

—¿Por qué?
Shelly lo miró.
—Porque nada está bajo control… y aun así funciona.
Robert sonrió.
—Te estás acostumbrando.
—No digas eso.
—Lo estás.
Shelly negó suavemente.
Pero no insistió.
Se sentaron.
Trabajaron.
Pero ahora…
sin esa presión constante.
Sin esa necesidad de tener razón.
Sin esa lucha por imponer una forma.
—Esto está mejor —dijo Shelly después de revisar un documento.
—Lo sé.
—No es perfecto.
—Es real.
Shelly lo miró.
—Eso no me gustaba antes.
—Lo sé.
—Ahora…
Se detuvo.
Buscando la palabra.
—Ahora no me molesta tanto.
Robert levantó una ceja.
—Eso suena a evolución.
Shelly rodó los ojos ligeramente.

—No exageres.
—Nunca.
Un pequeño silencio.
Ligero.
—Oye —dijo Robert.
—¿Qué?
—Lo de ayer…
Shelly levantó la mirada.
—Sí.
—Gracias.
Ella frunció el ceño.
—¿Por qué?
—Por volver.
Shelly lo observó unos segundos.
—No fue fácil.
—Lo sé.
—No es algo que haga normalmente.
—También lo sé.
Shelly apoyó la espalda en la silla.
—No me gusta no tener un plan.
—Y aun así lo hiciste.
—Sí.
Robert sonrió.
—Eso es lo interesante.
Shelly negó con la cabeza, pero había algo distinto en su expresión.
Más abierta.
Más tranquila.
—Sigo pensando que esto es un riesgo —dijo.
—Lo es.

—Y que podría salir mal.
—También.
Shelly sostuvo su mirada.
—Pero ya no es lo único que veo.
Robert no dijo nada.
Pero su expresión cambió.
—También podría salir bien —añadió ella.
Y ahí estaba.
El cambio.
Robert dejó escapar una pequeña sonrisa.
—Eso me gusta más.
Shelly volvió a la pantalla.
Pero no para evitarlo.
Simplemente… para continuar.
El día avanzó.
Pero ya no se sentía pesado.
No se sentía forzado.
En algún momento, sin darse cuenta, Shelly volvió a reír.
Esta vez no lo negó.
—Ok, esto ya es preocupante —dijo Robert.
—No lo es.
—Te estás riendo demasiado.
—Eso no existe.
—Para ti, sí.
Shelly sonrió.
—Cállate.
—Nunca.
Y ahí estaba otra vez.
Pero mejor.

Más natural.

Más… real.

Porque ya no estaban luchando contra lo que estaba pasando.

Lo estaban viviendo.

Más tarde, mientras revisaban la última parte del proyecto, Shelly se detuvo.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto?

Robert levantó la mirada.

—Sorpréndeme.

Shelly pensó un segundo.

—Que empezó como un error.

Robert sonrió.

—Eso sí lo recuerdo.

—Y ahora…

Se quedó en silencio.

Pero no porque dudara.

—Ahora no quiero arreglarlo.

Robert la miró.

Con más atención.

Más claro.

—Entonces no lo hagas.

Shelly sostuvo su mirada.

Y por primera vez…

no intentó encontrar una mejor respuesta.

Porque esa era suficiente.

—Siempre pensé que los errores eran algo que había que evitar —dijo ella.

—Y ahora…

Shelly dejó escapar una pequeña exhalación.

—Ahora creo que algunos… son necesarios.
Robert asintió lentamente.
—Los mejores lo son.
Un silencio breve.
Pero lleno.
—Creo que este es uno de esos —añadió Shelly.
Robert sonrió.
—El mejor error que he tenido.
Shelly negó con la cabeza.
Pero no para contradecirlo.
Para aceptar.
Porque ya no era caos.
Ni problema.
Ni duda.
Era algo mucho más simple.
Algo que no necesitaba estructura para existir.
Y, por primera vez,
Shelly no quería controlarlo.
Quería quedarse.

CAPÍTULO 17 — DONDE TODO EMPIEZA

Shelly llegó a la oficina a las 7:58 a.m.
Como siempre.
Dos minutos antes.
Ni uno más, ni uno menos.
Pero esta vez…
no fue lo primero que pensó.
Entró.
Dejó su bolso.
Encendió la computadora.
Y, por primera vez en mucho tiempo…
no abrió su agenda de inmediato.
Miró al frente.
Robert ya estaba ahí.
—Llegaste antes —dijo ella, apoyándose ligeramente en el escritorio.
—Tenía que asegurarme de que no cambiaras de opinión.
Shelly sonrió.
—No soy tan impredecible.
Robert arqueó una ceja.
—Últimamente… no estoy tan seguro.
Shelly negó con la cabeza, pero no lo contradijo.
Porque, en el fondo…

tenía razón.
—Tenemos reunión con dirección en veinte minutos —dijo ella.
—Lo sé.
—Van a pedir resultados finales.
—Los tenemos.
—Y conclusiones.
Robert la miró.
—También.
Shelly asintió.
Pero no se sentó de inmediato.
—¿Nerviosa? —preguntó él.
Ella dudó apenas.
—Un poco.
—Eso sí es nuevo.
—No te acostumbres.
—Ya lo hice.
Shelly soltó una pequeña risa.
Natural.
Sin esfuerzo.
Y ese fue el momento en el que se dio cuenta.
No era el proyecto.
No eran los resultados.
No era la presentación.
Era él.
Y ya no lo estaba evitando.
—Vamos —dijo finalmente.
Robert asintió.
—Vamos.
La sala de reuniones estaba llena.

Dirección.

Equipo.

Expectativa.

Shelly se puso de pie frente a la pantalla.

Segura.

Clara.

Pero diferente.

—Buenos días —comenzó—. Hoy no vamos a presentar solo resultados.

Hizo una pausa breve.

—Vamos a presentar un cambio.

Las miradas se enfocaron.

—El proyecto Aurora empezó con una estructura clara —continuó—. Planificada. Medida. Controlada.

Robert la observaba desde un lado.

Atento.

—Y no funcionó como esperábamos.

Algunos asintieron.

—Entonces hicimos algo distinto.

Otra pausa.

—Permitimos un error.

Un leve murmullo recorrió la sala.

Shelly no se detuvo.

—Un cambio sin garantías. Sin control total. Sin un resultado seguro.

Miró brevemente hacia Robert.

—Y fue lo mejor que pudimos hacer.

La pantalla mostró los resultados.

Crecimiento.

Interacción.

Impacto.

—La campaña no solo mejoró —añadió—. Conectó.

Silencio.

Pero no incómodo.

—Porque dejamos de intentar que todo fuera perfecto —continuó—. Y empezamos a hacerlo real.

Robert sonrió.

Ligero.

Orgulloso.

—A veces —concluyó Shelly—, lo que parece un error… es exactamente lo que necesitábamos.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Y luego…

aplausos.

No exagerados.

Pero suficientes.

Reales.

Shelly dejó escapar el aire lentamente.

Sin darse cuenta, había estado conteniéndolo.

—Eso salió mejor de lo que esperaba —murmuró Robert al acercarse.

—A mí también.

—Eso sí que es un error.

Shelly rodó los ojos.

—Cállate.

Pero estaba sonriendo.

La reunión terminó.

La gente salió.

Comentarios positivos.
Aprobación.
Reconocimiento.
Todo estaba bien.
Más que bien.
—Entonces… —dijo Robert, caminando a su lado—. ¿Qué sigue?
Shelly lo miró.
Esa pregunta…
ya no le generaba ansiedad.
—Buena pregunta.
—Tengo varias ideas.
—Eso no me sorprende.
Llegaron al área de trabajo.
Se detuvieron.
—Pero antes —dijo Robert—, creo que falta algo.
Shelly cruzó los brazos.
—¿Qué?
Robert dio un paso más cerca.
No invasivo.
Pero claro.
—El cierre.
Shelly lo miró.
—¿Del proyecto?
Robert negó.
—No exactamente.
Un segundo.
—De esto —añadió.
Shelly sintió ese pequeño cambio otra vez.
Ese que ya no intentaba controlar.

—¿Y cómo se supone que se cierra algo así? —preguntó.
Robert sonrió ligeramente.
—No se cierra.
Shelly frunció el ceño.
—Eso no tiene sentido.
—Se empieza.
Silencio.
Pero esta vez…
ligero.
Shelly lo observó.
Pensando.
No demasiado.
Lo justo.
—Eso tampoco estaba en el plan —dijo.
Robert inclinó la cabeza.
—Lo mejor nunca lo está.
Shelly dejó escapar una pequeña exhalación.
—No prometo que sea perfecto.
—No lo quiero perfecto.
—No prometo no intentar controlarlo.
—Eso va a pasar.
Shelly sonrió apenas.
—No prometo que no me dé miedo.
Robert la miró.
Más serio ahora.
—A mí también.
Ese detalle…
lo cambió todo.
Shelly dio un pequeño paso.

Acortando la distancia.
—Entonces supongo que estamos en igualdad de condiciones.
Robert asintió.
—Eso parece.
Un segundo.
Dos.
Y esta vez…
ninguno se movió.
No porque no supieran qué hacer.
Sino porque, por primera vez,
no estaban pensando en hacerlo perfecto.
Solo en hacerlo real.
Shelly lo miró.
Y sonrió.
—Error 404 —dijo suavemente.
Robert levantó una ceja.
—¿Qué?
—No estaba buscando esto.
Robert sonrió.
—Yo tampoco.
Shelly sostuvo su mirada.
—Pero lo encontré.
Silencio.
Breve.
Perfecto.
Robert se acercó un poco más.
—Entonces supongo que no es un error.
Shelly negó suavemente.
—Es el correcto.

Y esta vez…
no hubo dudas.
No hubo control.
Solo algo simple.
Real.
Y suficiente.

EPÍLOGO

Tres meses después.
Shelly seguía llegando temprano.
Robert seguía llegando… a su manera.
El proyecto Aurora era un éxito.
Pero eso ya no era lo más importante.
—¿Agenda a las 7:00? —preguntó Robert una mañana.
—Siempre.
—¿Improvisación a las 8:00?
Shelly lo miró.
Sonrió.
—Tal vez.
Y eso…
era todo lo que necesitaban.

FIN